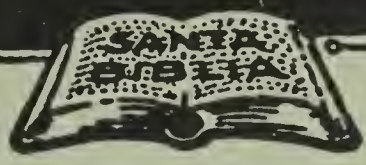


LAP

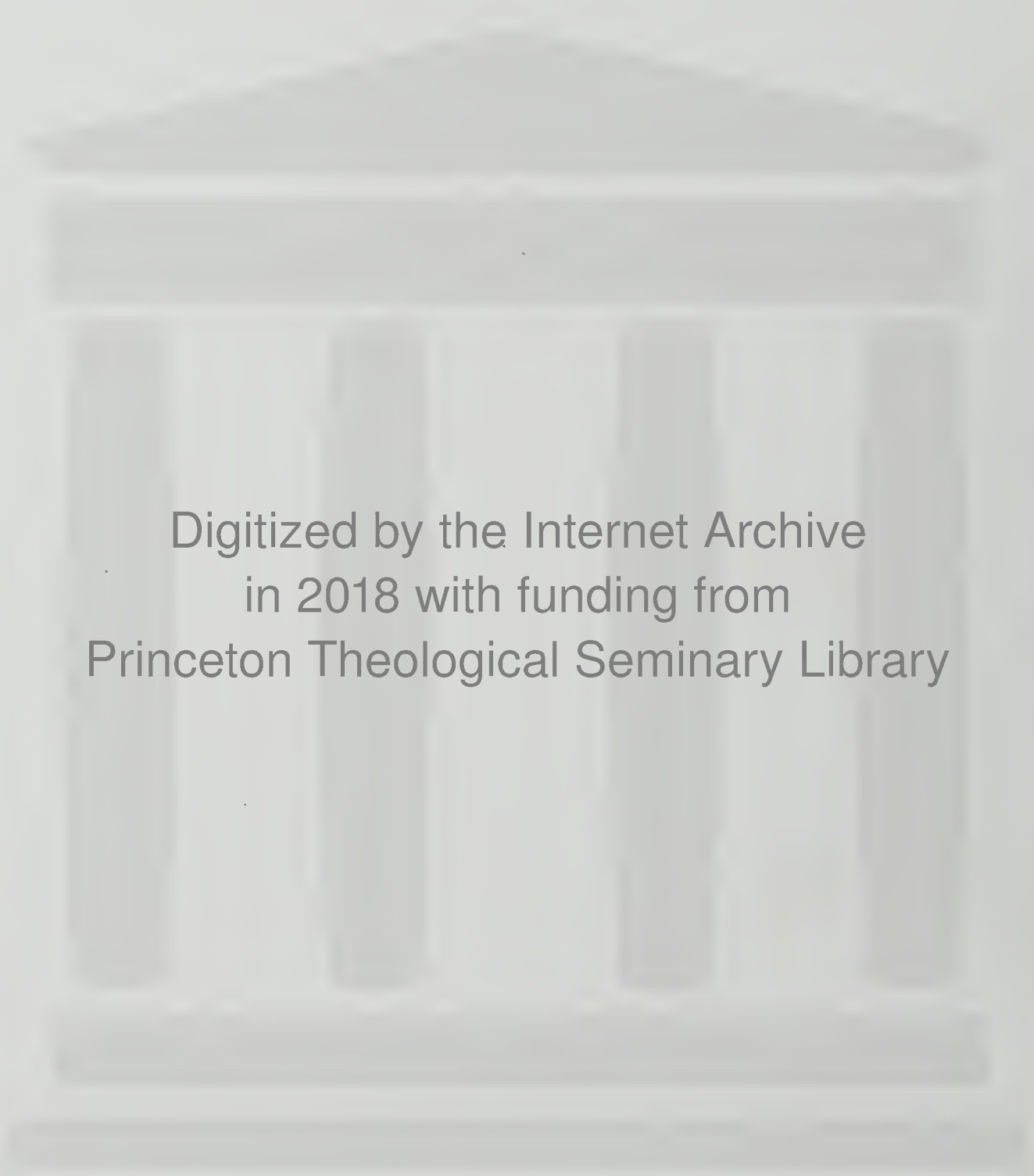
MENSAJES *del amor de* DIOS



PERIODICALS

PER
BR
7
.M463
no.
433-
529

1962
~~1961~~ hasta 1970



Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
Princeton Theological Seminary Library

MENSAJES *del amor de* DIOS



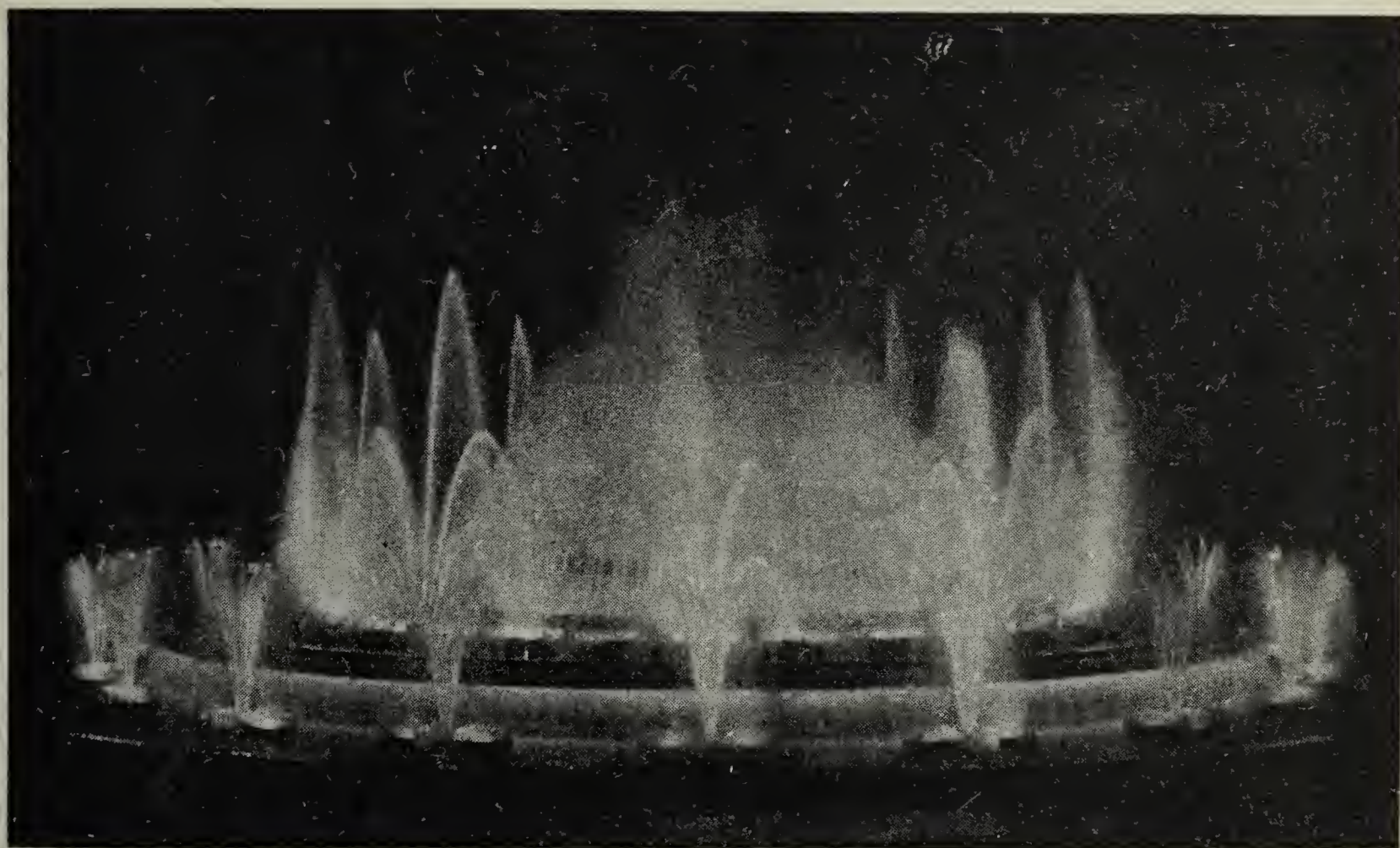
Reg. Artículo de Segunda Clase en Admón. Correos, Cuernavaca, Mor., 18 de Nov. de 1950

Número 455

Para los meses de marzo y abril.

1 de marzo de 1964.

**“HE AQUI AHORA EL TIEMPO ACEPTABLE;
HE AQUI AHORA EL DIA DE SALUD.”**



F U E N T E S

Mirad estas “Fuentes de Montjuich” de la ciudad de Barcelona, España. ¡Cuántas! ¡Qué armonía de líneas! ¡Cuán fascinantes sus aguas desparramadas!, especialmente de noche cuando son iluminadas por luces de diversos colores, pues entonces son muy bellas, al reflejar cada gotita un rayito, pero... sólo que al caerse en seguida al suelo se desvanecen.

Todo esto nos hace pensar de lo que nos dice la Palabra de Dios, la Santa Biblia: “no sabéis cuál será vuestra vida de mañana, pues sois humo, que

aparece un momento y al punto se disipa” (Santiago 4: 14, N-C). Nuestro tiempo en este mundo es muy corto. Nuestra vida es como una de esas gotitas de agua. Brilla por un momento y en seguida se va. Ninguno de nosotros sabe lo que será mañana. Sólo Dios lo sabe.

Una vez un niño preguntó —

—Mamá, ¿cuántos años de edad debemos tener antes de que nos muramos?

—Hijito—dijo la madre, dando a su hijo un hilo de dos o tres metros de largo —toma este hilo, vete al cementerio en las afueras del pueblo y mide

los montoncitos de tierra encima de los muertos. Ata un nudo a lo largo de algunos, y tráeme el hilo.

El niño salió corriendo y pronto volvió a casa, exclamando:

—¡Mira, mamá! algunos son largos y otros son cortos.

—Sí, mi hijito—contestó su madre— los niños mueren tanto como los hombres.

¿Estás preparado para el momento en que vendrá la muerte a tu encuentro? Tal vez aún no hayas pensado en eso. Hay un solo medio por el cual puedes prepararte; además es seguro: Cristo, el amado Hijo de Dios, vino del cielo en busca de joyas para su reino celestial. Ya que todos nosotros somos pecadores—todos—El tuvo que limpiarnos primeramente de nuestros pecados. Así que por amor a nosotros El entregó su vida en la cruz y derramó su sangre preciosa para borrar toda nuestra maldad ante los ojos de Dios, que no puede tener ningún pecado en su casa en el cielo. Ahora bien, el niño o el hombre que cree esto que Dios nos dice y recibe a Cristo como su Salvador, por fe en su corazón, ya está preparado, porque el Señor Jesús dice: **“Tus pecados te son perdonados... tu fe te ha salvado, vete en paz”** (Lucas 7: 48, 50, N-C). Esta oferta sin precedentes de salvación eterna es para ti. ¿No la vas a aceptar? No olvides que **“el tiempo es corto,”** que no sabes **“lo que será mañana.”** El Señor te convida ahora mismo. No te detengas. Acuérdate de que el juicio abrumador de Dios espera al incrédulo: **“el que cree en el Hijo tiene la vida eterna; el que rehusa creer en el Hijo no verá la vida, sino que está sobre él la cólera de Dios”** (Juan 3: 36, N-C). ¿Podrás soportar la ira de Dios por toda la eternidad?

“HE AQUÍ AHORA EL TIEMPO ACEPTABLE; HE AQUÍ EL DÍA DE SALUD” (2ª Corintios 6: 2, N-C).

“Hemos visto, y damos de ello testimonio, que el Padre envió a su Hijo por Salvador del mundo.” 1 Juan 4: 14, N-C.

“¿Cómo puedes pecar sin temor contra Dios, Echando en olvido su amor?”

¿Cómo puedes vivir rechazando la voz De Cristo, tu buen Salvador?”

“¿Cómo puedes pensar que al infierno tú vas Sin estremecerte de horror,

Sin pedir a tu Dios mientras haya lugar Que tenga de ti compasión?”

ADIVINANZAS

¿A quién no le divierten las adivinanzas? A mí me gustan mucho, y estoy seguro de que también a ti.

Bueno, he aquí una historia de “adivinanzas”. Un día, a principios de verano un maestro, a través de la ventana abierta, oyó un grupo de niñas que se contaban unas adivinanzas. Eran sobre distintas cosas y a menudo tenían extrañas y divertidas respuestas. Por último una pequeñuela, llamada María, propuso una adivinanza que nadie pudo contestar — ni aun el maestro, oyéndola, podía imaginar cual sería la respuesta acertada. He aquí la adivinanza: **“¿Qué cosa es más blanca que la nieve?”**

“Ya lo sé”, dijo una, “es una blanca nube aborregada .”

Pero esta no era la contestación. Vino entonces otra niña y dijo que era la clara bien batida de un huevo; otra aclaraba que era un pañuelo del más puro lino blanco y otra aún, un montón de blanca lana, pero ninguna pudo dar a María la respuesta que ella deseaba.

Bien, ¿cuándo tú desconoces la respuesta de una adivinanza, tú “te das”, no es verdad? Y esto fue lo que hicieron las niñas y el maestro.

“Dinos la respuesta”, suplicaron todas a María.

Y la respuesta de la querida María fue esta — “Un pecador, lavado en la sangre de Jesús, es hecho más blanco que la nieve.”

Porque **“la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado.”** (1a. Juan 1: 7)

“Lávame, y seré emblanquecido más que la nieve.” (Salmo 51: 7)

TU SALVADOR O JUEZ ¿CUAL?

EL EVANGELIO proclama lo que Dios ha hecho antes del día del juicio, para que el hombre no tenga que responder de sus pecados.

Si mi acreedor viene a cobrarme, y no tengo con que pagarle, sufriré las consecuencias; pero si alguien viene a pagarme por mí, yo quedaré libre.

Es imposible que Dios apruebe la iniquidad; pero hay una gran diferencia entre insistir que la deuda se pague y que él venga y la pague. El evangelio nos declara lo que Cristo hizo como Salvador, antes de que venga como Juez.

Vemos con claridad en la cruz, la enemistad del corazón humano; pero no siempre se revela. Es cuando se presenta la oportunidad, que le pisotean al Hijo de Dios. Gracias a Dios que el Señor Jesús fue a la cruz en GRACIA, pero nos revela lo que hay en el fondo de nuestro corazón.

¡El mundo ha crucificado al Hijo de Dios!

Ahora Dios dice al mundo: ¿Qué habéis hecho con mi Hijo? ¿Qué os ha hecho El? Nada, sino bienes. Entonces, ¿por qué escupisteis su rostro y lo crucificasteis? Si alguien hubiera hecho lo mismo con mi madre ayer, ¿iría yo hoy y le diría: “¿Está bien, amigo”? El hombre está haciendo esto y cuando la luz de Dios lo alumbrá, lo confiesa sin poder responder a ninguna de las mil acusaciones.

El mundo está destinado a juicio. ¡Lo sabemos y sin embargo lo amamos!

¿Qué diremos de la ley de Dios? Descubre al hombre lo que ha de ser: “Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón”; “no codiciarás”. Pero yo sé que no he amado a Dios y que he codiciado. Habiendo ofendido en un solo punto, soy culpable, aunque sea que no haya cometido todos los pecados de los cuales el hombre es capaz.

La gente habla de la misericordia, lo que significa que ellos esperan que Dios piense de la misma manera que ellos acerca de su pecado. Digamos que una persona comete diez pecados; espera ir al cielo. Si comete once, cree que eso no es mucho; y si comete cien, todavía

tiene esperanza. No piensa en lo que es santidad. Un solo pecado excluye al hombre de Dios, pero la puerta está abierta para el que lo confiesa y se aparta.

¿Qué es el pecado? ¿Te gusta hacer tu propia voluntad? Esto es pecado.

La ley reclama la deuda. Cristo la pagó y ¡eso es la gracia! “Porque a la verdad Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo y nos ha confiado el ministerio de la reconciliación” (II Cor. 5:19, N.-C.).

Contempla la cruz de Cristo. ¿Qué hace El allí? ¿Acaso juzga al ladrón arrepentido? No, sino “llevando nuestros pecados en su cuerpo”, alejándolos para no acordarse más de ellos (I Ped. 2:24; Heb. 10:17).

Allí está aquel Bendito a quien he menospreciado todos mis días, y noto que llevó mis pecados y cargó con ellos. “Consumado es”, perfectamente consumado, nada más puede hacerse, y porque la obra está hecha El está sentado a la diestra de Dios.

Ha regresado a la gloria porque ha terminado su obra. El Espíritu Santo lo revela a mi corazón y puedo decir que lo ha hecho todo por mí. Murió por nuestros pecados, y resucitó para nuestra justificación. Su resurrección es la prueba de que Dios ha aceptado la obra y que nosotros, también, hemos sido “gratos en su amado” (Efesios 1:6, N.-C.).

Así que, en lugar de rechazarme, ha quitado mis pecados. Se me revela en el día de gracia, en lugar de encontrarme con El en el día del juicio.

“En ningún otro [sino en Jesucristo] hay salud, pues ningún otro nombre nos ha sido dado bajo el cielo, entre los hombres, por el cual podamos ser salvos” (Hechos 4:12, N.-C.).

U N E S T U D I O D E
L A S S A G R A D A S
E S C R I T U R A S
S A N J U A N 14: 4-6, N.-C

“... Para donde yo voy, vosotros conocéis el camino. Díjole Tomás: No

sabemos adónde vas; ¿cómo, pues, podemos saber el camino? Jesús le dijo: **Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí**" (vvss. 4 a 6). En el párrafo anterior Cristo, el Hijo de Dios que había descendido del cielo al mundo, haciéndose hombre, dijo a sus discípulos que volvería al cielo para prepararles moradas en la casa de su Padre; y que después retornaría para tomarles a la casa paterna. Luego les dijo que conocían el camino hasta las moradas celestiales, pero Tomás le respondió que ellos lo ignoraban. Entonces Jesús le dio esta declaración excelsa: **"Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí."**

Detengámonos para meditar sobre esta aserción magnífica del Hijo de Dios. **"Yo soy el camino..."** Cristo, el Hijo de Dios, es el camino al cielo. No hay ningún otro camino. Ni ángel, ni arcángel, ni mujer u hombre célebre, ni ministro, ni apóstol, ni un papa, puede hacerse camino al cielo. ¿Acaso murió en la cruz del Calvario alguno de éstos por nuestros pecados? ¡No! Sólo Cristo, el bendito Hijo de Dios, **"murió una vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios"** (1ª de Pedro 3:18, N-C). ¡Sí!, para llevarnos a Dios. El es el único camino a la presencia del Dios santo.

"Yo soy la verdad..." Cristo dijo a Nicodemo, **"En verdad, en verdad te digo que nosotros hablamos de lo que sabemos y de lo que hemos visto damos testimonio... Nadie sube al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo"** (Juan 3:11, 13, N-C). Cristo es la verdad acerca de todas las cosas. Verdadero Dios y verdadero hombre, en la tierra el Hijo

del hombre, pero a la vez en el cielo, El es Dios omnipotente y Dios omnisciente, el que todo lo ve y todo lo sabe. Las comunicaciones que nos trajo del cielo son para que conozcamos el amor de Dios Padre para con nosotros los pecadores indignos: **"Porque tanto amó Dios el mundo, que le dio su unigénito Hijo, para que todo el que crea en El no perezca, sino que tenga la vida eterna; pues Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para que juzgue al mundo, sino para que el mundo sea salvo por El"** (Juan 3:16, 17, N-C).

"Yo soy la vida." No hay vida eterna sino en Cristo, el Hijo. **"El testimonio es que Dios nos ha dado la vida eterna, y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios, tampoco tiene la vida"** (1ª de Juan 5:11, 12, N-C).

"Nadie viene al Padre sino por Mí." Siendo Cristo el camino hacia Dios, siendo Cristo la verdad acerca de Dios, siendo Cristo la vida solamente por virtud de la cual podemos conocer a Dios, por lo tanto nadie va a acercarse a Dios sino sólo por Cristo. A ninguna persona recibirá Dios sin que venga por el camino marcado.

"El camino al cielo es Cristo Jesús,

**El es la verdad y del mundo es la luz;
No hay otro nombre que nos valdrá;
Sólo Jesucristo nos salvará."**

Por lo tanto la Palabra de Dios nos declara:

"Cree en el Señor Jesús y serás salvo" (Hechos 16:31, N-C). Querido lector, ¿qué has hecho con respecto al Hijo de Dios? ¿Lo has creído? ¿Le has recibido en tu corazón cual Salvador único de los pecadores? ¿Le has adorado?

S E M A N D A G R A T I S A L Q U E L O S O L I C I T E .

TODA CORRESPONDENCIA debe dirigirse al Redactor con despacho al público en la Editorial "Mensajes del Amor de Dios".

J. Hárrison S., Domingo Diez 503 M, Cuernavaca, Morelos, México.

Nótese: todas las citas de las Sagradas Escrituras señaladas **"N-C"** son de la versión católica traducida directa al español de los idiomas originales, el hebreo y el griego, por Nácar y Colunga; 13ª edición, 1963.

